

Sobre Gabriel Miró y otros NO QUERER SABER NADA

TREINTA y cinco años ha hecho ahora, el 27 de mayo, que moría Gabriel Miró, y un grupo de admiradores ha formado en Polop (Alicante), el pueblito donde el escritor pasó sus últimos veranos, una Sociedad de los «Amigos de Miró», mientras la obra del gran prosista no puede decirse que esté teniendo gran fortuna en las nuevas generaciones.

Y, a mi entender, muy injustamente, porque en la nueva distribución de sambenitos que hace cada generación, a Miró le ha tocado el sambenito de «esteticista», y no parece sino que, con eso, ya se haya dicho todo de él. Sin embargo, me parece absurdo que, cuando se trata de juzgar una obra de arte, venga a ser el cuidado estético un «handicap» para algunos caballeros, en vez de resultar algo positivo. Pero es que la novela, sobre todo a partir de la Restauración, de pura obra de arte se tornó en instrumento polémico político-religioso-social en franca reacción contra el período anterior, de exacerbado lirismo. «El hecho de que la novela moderna —ha escrito López Morillas— aparece en una época en que se ventilan en España graves cuestiones políticas y sociales, de una época en la que todo hombre de sensibilidad e inteligencia se siente sacudido por críticas incertidumbres, contribuye en gran medida a dar al género un acentuado sesgo polémico del que con frecuencia se resiente la calidad artística.» Y, desde luego, «Doña Perfecta» de Galdós; «Don Gonzalo González de la Gonzalera», de Pereda, y «El escándalo», de Alarcón, hubieran sido insuperables novelas de no haber tenido que someterse a las exigencias implacables de sus tesis: la intolerancia religiosa en «Doña Perfecta»; la democracia en «Don Gonzalo», y el descreimiento en «El escándalo». Clarín fué, sin duda, el que mejor supo armonizar las exigencias del arte con las de la polémica o el doctrinarismo en «La regenta», que es nuestra gran novela decimonónica.

bar que Valle-Inclán es, incluso, Lo que le ocurre es que es más creador que el primero y por su puesto tiene un estilo mil veces superior y llega a esa frontera del arte en la que la figura humana es tan real y a la vez tan estéticamente perfecta que se duda si es la realidad o el arte quien la ha creado. Así nos sucede con «Sacrilégio», en donde don Ramón no hace sino «estetizar» un suceso real, ocurrido no lejos del pueblo de Benamejí y documentado en el tomo décimo de su famosa obra por el ex-gobernador de Córdoba don Julián Zugasti. Es más, la realidad fué en esta ocasión más dramática que el drama, pues mientras en «Sacrilégio» los bandidos se rien de la confesión del sastre Lechuga, hecha a uno de ellos disfrazado de sacerdote y que trata de sonsacarle en la burlesca confesión su participación en un crimen, en la realidad los bandidos se mostraron totalmente impresionados por la recia fe del sastre Lechuga, conservada allá en lo hondo de su corazón en medio de tantos crímenes, y hasta pensaron en mudar de vida muy seriamente. Pero quizás por aquello que decía Gide de que con buenos sentimientos solamente se hacía mala literatura o porque Valle-Inclán, en efecto, era un hombre sin fe y no comprendía el arrepentimiento ni otros matices existenciales de la vivencia de la fe, solucionó las cosas de otro modo que el que realmente sucedió.

Desde luego, no esperemos muy escasa formación religiosa identificadora ninguna clase de fuente histórica en Miró. Este no trata de interpretar el ser de España ni su acontecer inmediato siquiera, aunque de su análisis estético se desprenda. Pero a Miró le obsesiona sobre todo un problema: el religioso, y una figura: la figura sacerdotal. También una vivencia psico-física: la sensualidad en todas sus manifestaciones. Y es maestro al pintarnos estas cosas. Y muchas otras, por supuesto, como la mentalidad y la sensibilidad de la alta burguesía rural o de una pequeña ciudad de la época. La figura sacerdotal, por ejemplo, es incluso más verdadera que en don Benito, que raramente nos la dibuja imparcialmente y sin tufillo anticlerical progresista. Ingenuentemente progresista, eso sí, porque don Benito es un hombre cristiano, aunque con y perdidamente enamorado de lo que en su época se llamaba progreso y se encarnaba en un tipo como el ingeniero, abierto

más escrupuloso que don Benito y está mejor documentado, y tolerante. Por esa su ausencia de formación religiosa, cuando quiso pintarnos un sacerdote evangélico, nos le hizo herético o por lo menos indisciplinado y extraño, que con unos cuantos brochazos de mala intención le hubiera valido muy bien a Monsieur le Comte de Saint-Pierre para su insensata novela. Miró tiene más cultura clerical, no diré que religiosa. Es terrible, pero todos estos escritores tan obsesionados con la Iglesia desconocen a ésta y no calan ni vital ni intelectualmente en el cristianismo y concretamente en el catolicismo. Pero no ha de extrañarnos, puesto que los mismos católicos no viven sino una religión formal en la época, con las excepciones que se quieran, y de su Iglesia tienen también un concepto clerical, mientras no comprenden incluso algunos de los dogmas más centrales del cristianismo, y como dice el P. Duquoc, la misma teología decimonónica no sabía que hacerse con el dogma de la Resurrección de Cristo, y esta ausencia de sentido escatológico e histórico del pueblo de Dios, que marcha colectivamente de esta tierra hacia la gloria de la Resurrección y la renovación de la faz del universo, hizo que en un plano natural los católicos carecieran también de la idea del progreso humano, mientras en la cultura profana el progreso llegaba a ser un mito. Y ya es notable que Miró no le haya rendido un culto incondicional, se lo ha rendido a la belleza, desde luego. Miró es más humanista, pero se equivocan mucho los que confunden su amor por la belleza plástica o las humanidades con el catolicismo y la adhesión a la Iglesia.

Cualesquiera sean los tesoros estéticos de la cristiandad desde la liturgia a la plástica o la música —y la Iglesia es la gran creadora de arte en Occidente—, esa labor cultural nada tiene que ver con la fe desnuda, y Dios nos libre de los sentimentales que se creen católicos porque les gustan las misas pontificales, como de los que se creen católicos porque tienen ideas de orden y estabilidad social. Grandes sectores del catolicismo oficial han sido, sobre todo en el siglo pasado, católicos de esta manera y luego nos hemos enterado que muchos de ellos no creían en Dios siquiera. Pero Miró tampoco es de éstos. No utiliza la religión, no es clerical ni anticlerical: se ha dedicado simplemente a analizar la figura sacerdotal, y desde un punto de vista humano, lo ha conseguido plenamente, aunque no haya comprendido el drama sacerdotal desde el punto de vista sobrenatural como un Bernanos. Dos líneas le bastan para dibujarnos un Inquisidor, el P. Bellod: «Luego de misa volvía a la casa rectoral, sacaba de su viejo pupitre una vieja navaja de barbero y se

rasuraba sin espejo ni jabón... No fumaba, no tenía olfato y el mejor manjar y gollería para su gusto eran los salazones... Vanagloriábase de establecer un paralelismo entre la disciplina de sus vicarios y la crianza guerrera de Roma». Y juego aquellos autos de fe con los rones, tan horribles y frente al humanismo de don Magin o las candidas dudas exegéticas de don Jerónimo. Todas las figuras sacerdotales están trazadas con respecto y hasta la repulsiva del P. Bellod, salvando la buena fe y compensando su talante dictatorial con otras virtudes. Un artículo es poco espacio para trazar un esquema siquiera de las ideas religiosas de Miró y de la fortuna de sus pinturas sacerdotales, pero es un estudio que habrá que hacer. En cualquier país un novelista como Miró, tan importante para el estudio del sentimiento religioso del XIX, hubiera sido mil veces alreado en estudios y tesis, tantas veces dedicadas a nimias tonterías de inútil curiosidad y erudición. Desde luego, España ha sido tan pródiga en fabricar altos espíritus, que ya pasan desapercibidos y hasta despreciados o sacrificados a esta moda de la literatura llamada social, que ojalá fuese literatura o fuese una encuesta social, científicamente establecida. Episodios Nacionales o Ruedo Ibérico escrupulosamente informados y, a la vez, elaborados artísticamente. O la Oleza episcopal y dramática del llamado, humilde y olvidado Miró.

JOSE JIMENEZ LOZANO

CITA León Bloy, el admirable y esforzado escritor francés de fin de siglo, un significativo hecho cuyo trágico simbolismo se reencarna constantemente. Un joven propietario se dirige a un avisado hombre de empresa a quien nombra su administrador, diciéndole: «Señor administrador, mis casas deben producirme, la una con la otra, seiscientos mil francos. Si hay sobrante, os lo metéis en el bolsillo, pero yo no quiero saber nada. Exijo que mi nombre y mi dirección sean ignorados de todos mis inquilinos, sin excepción. Las reclamaciones y las quejas me son odiosas y quiero vivir en paz. Ya os las arregaré».

«El propietario —insiste Bloy— tiene las manos limpias, como un bello Pilatos, y su ministro responsable tiene las manos libres». El sucedido, despojado de la accidentalidad concreta, adquiere cada vez mayor validez en esta época nuestra, en la que se han cumplido muchas de las tremendas profecías del gran cristiano que fué Bloy. Allá a finales del siglo, ese gran apóstol laico apenas había entrevisto el cauce insospechado que iba a tomar la revolución industrial. Su época, la más sangrientamente injusta, se corresponde, más o menos, con la nuestra de la generación del 98. Y pueden establecerse paralelos sintomáticos entre ambas corrientes. Lo que ocurre es que León Bloy no se refugia en la ensañación, en ese mundo frustrado de ideales que, muchos de los grandes maestros españoles, encuentran tras su áspero contacto con la realidad. Bloy lu-

cha desesperadamente y con todas sus fuerzas por esa murchumbre infinita de los curules de Dios que padecen oflicción, de los humildes que son pisoteados y que no tienen voz para quejarse. Vivió pobremente, miserablemente, con un desprecio heroico hacia el dinero y una caridad que le impulsaba a pedir limosna callejeramente, para entregársela a los pobres o algún infeliz amigo que agonizaba en un sórdido camaranchón de aquel París que otros, los vanguardistas de siempre, cantaban apasionadamente, estrujando en su magin las palabras para nombrar más bellamente los árboles, los monumentos, el día-fano aire y la elegancia de la mujer parisina.

He aquí un ejemplo claro del más limpio compromiso, insospechable actitud que, naturalmente, los «ponderados» bautizarán de extremismo. La mentalidad de aquel elegante propietario francés, desentendiéndose del prosaísmo de la tutela de sus bienes, y también de recibir quizá la vaharada de la miseria en su rostro, es el signo de una mentalidad que está ramificándose poderosamente en esta sociedad, ya dominada por las grandes prisas: el maquinismo, el derecho a ser feliz, el ansia por gozar de la vida y un sordo egocentrismo que crece y crece. No querer saber nada parece ser uno de los lemas del momento. Quizá haya menos aristocracias que las que percibiera en su carne León Bloy, menos irritación de desigualdad y la engrasada máquina del bienestar cubre mejor los harapos que antes flameaban al aire de todos. Pero no ha variado sensiblemente la situación general y la voz de León Bloy sigue teniendo dolorosa actualidad.

A las muchedumbres se las mueve en dirección a los pequeños bienes que acrecientan sus cortas ansias de dominio. La chuchería técnica va estando al alcance de muchos, dejando una cortina de humo que incapacita

para comprender el sentido de la nueva explotación. Hay prisa, auténtica prisa, por no llegar tarde a la cita con los adelantos de nuestra hora, por gozario todo, por sumergirse en esa corriente que penosamente asciende a los seres de categoría social. ¿Qué diría León Bloy del espiritualismo de esta época, manejada como ninguna, mifificada por órganos de expresión, adormecida por las arcas letales de los pequeños materialismos constantes!

No querer saber nada es, también, consigna en el mundo de hoy. Se huye de cuanto pueda representar compromiso, por aquello de las manos sucias, y así asistimos a algo tan penoso —y tan terrible— como la guerra civil en Santo Domingo, donde nadie quiere saber nada. Donde no sabemos los intereses que se mueven entre los hilos de la burda trama y donde nada importa ya, en relación con filaciones políticas, que es el bizantinismo en que se mueven los contentidos, mientras la vida de los desheredados es desoladoramente miserable. Tampoco se quiere saber nada en las sangrientas y cortas revueltas de los mineros del estaño, y tan pronto quieren lograr condiciones justas se habla de infiltraciones comunistas y se les echa la política encima. El coco de los «ismos» engendra un pánico atterrador y hay que avisar rápidamente al gendarme para poner orden y quedarlo todo como una balsa de aceite, aunque todo quede como estaba y el ansia de dominio de los hombres y las colectividades continúen con su sistemática explotación.

El bello leer en Bloy la denuncia sin contemplaciones de los abusos de los poderosos, fueran quienes fueran, y el humilde acercamiento de su genio a la pobreza, esa expresión de ternura, pero queriéndonos saber todo y comprometidos con la justicia. Y es que León Bloy era un cristiano. A secas. MIGUEL ANGEL PASTOR

EL CABALLO DE TROYA

DIVIDE Y VENCERAS

LA unidad es algo que nuestra clase trabajadora parece tenerle sin cuidado. En diversas sesiones de las Cortes, celebradas a lo largo de estos últimos años, se ha podido observar cómo ciertos sectores laborales daban olímpicamente la espalda a otros grupos que les habían pedido su apoyo para obtener determinadas reivindicaciones. Así, el propósito de unos cuantos de intentar unificar a escala nacional la Ayuda Familiar, encontró una dura resistencia por parte de quienes poseían una elevada cotización en el valor del «punto». A cambio, aquellos dieron su réplica oportuna cuando los primeros presentaron una propuesta solicitando se consideraran exentas las primeras 60.000 pesetas del Impues-

to de Utilidades, compensándose con un pequeño porcentaje sobre el que habrían de tributar los que la ley había declarado exentos totalmente. Algo similar se produjo en el debate sobre Mutualidades, donde las prestaciones que perciben los afiliados varían ostensiblemente según se encuentren encuadrados en uno u otro Montepío. Es lastimoso ver cómo, ante los graves problemas que nuestros trabajadores tienen planteados, se dedican a zancadillearse unos a otros, como si así pudieran encontrar alivio o desahogo a sus viejos males. El mundo laboral está quedando dividido en compartimentos estancos, y un sentido clasista empieza a sustituir el espíritu comunitario de pasadas épocas. El

hombre de la corbata mira con desdén al hombre del mono, y éste, a su vez, hace lo mismo con el de la alpargata.

Y lo que ocurre a dimensión nacional, se agrava a límites más reducidos como pueden ser el regional, provincial o, simplemente, empresarial. Aún está reciente el acento revanchista con que plantearon sus reivindicaciones los sectores minero y siderometalúrgico. (¿Pues si a éste le dan dos a mí me tienen que dar cuatro!). Enturbando, un tanto, con ello el esfuerzo desplegado.

¿Y qué decir de aquellas industrias o factorías, que por mantener elevados niveles de producción, priman fuertemente a sus empleados; creyéndose ellos que esto ya es motivo suficiente para olvidar a sus compañeros de otras empresas menos favorecidas?

La argucia no es desconocida. El neocapitalismo (que de nuevo no tiene más que ser pretexto con el que pretende cubrir su desnuda realidad) sigue empleando las viejas tácticas que antaño dieron tan buenos resultados. Y entre ellos ninguno con mayor efecto, que el que dice aquello de «divide y vencerás», compendio de una actitud que pretende ignorar la realidad con salidas fuera de tono y, desde luego, de dudoso valor moral.

El argumento de: «siempre será mejor que vivan bien unos pocos que ninguno» y «a los otros ya les llegará su turno»,

ACCIDENTES EN PLAYAS

ROMA. — Mediante dos aparatos conocidos con el nombre de «desfibrilador» y «estimulador eléctrico cardíaco», podrían evitarse muchos de los accidentes que, particularmente en la temporada de verano, se registran en las playas. Estos aparatos pueden salvar la vida a una persona hasta veinte minutos después del momento en que el agua ha penetrado en el aparato respiratorio. Si en las playas y en las orillas de ríos y lagos las unidades de socorro estuvieran dotadas de estos aparatos, muchas muertes por ahogamiento podrían ser evitadas, según destacan los científicos especializados italianos. El «desfibrilador» debe emplearse en los casos de ahogamiento en agua salada, y el «excitador» cuando el ahogamiento se produce en agua dulce.

¿QUIEN PAGA LOS IMPUESTOS?

considerando como base 100 el año 1959.

—Los demás impuestos. Evaluación Global y Arbitrio sobre la Riqueza Provincial, han seguido idéntica trayectoria. Así, para el comercio del calzado en Madrid, las variaciones anuales en 1962 y 1963 han sido de elevaciones en un 68 por 100 y 24 por 100, respectivamente. En marroquinería de Madrid el alza de 1963 sobre 1962 en el impuesto fué del 52 por 100. La fabricación de calzado en Alicante y la peletería en Barcelona han tenido en estos últimos años aumentos que han oscilado entre el 13 y el 26 por 100, y el Arbitrio sobre la Riqueza Provincial para la fabricación de calzado en Alicante supuso en 1964 un aumento del 100 por 100.

—Un ejemplo típico: en Madrid el Impuesto General sobre el Tráfico de Empresas supone para 1965 la cifra de 10,6 millones de pesetas en este ramo, mientras que en 1963 lo que se pagó por Derechos Reales e Impuesto del Timbre, que son los tributos que aquél ha venido a sustituir, sólo ascendió a una cantidad que oscila entre el millón y medio y los dos millones.

—Es lógico pensar quién es el definitivo escalón social que soporta estas cargas. Dice el citado: «Todos los impuestos indirectos que recaen sobre la industria y el comercio son considerados por los afectados como un costo. Tales impuestos recaen sobre el precio final, y, en definitiva, es el consumidor español el que soporta la presión fiscal».

—El impuesto nacional de lujo de marroquinería ha pasado de 100 en 1959, a 237 en 1964. La variación anual sobre 1963 fué del 37 por 100.

—El impuesto de peletería, en cuyo ámbito se encuentran incluidas, las confecciones de ante y napa, que nada tienen que ver con las prendas de lujo, y que se venden en gran escala a los turistas, ha pasado para 1965 de 428 a 700, siempre

en otro sentido, las cargas fiscales encarecen la mercancía y la misma ha de ser pagada por el consumidor, no es fácil comprender aquel carácter del impuesto. El economista Fuentes Quintana, refiriéndose al vigente Sistema Tributario, señala que continúa notándose la ausencia de un impuesto directo de alguna entidad que recaiga periódicamente sobre la riqueza. Puesto que la mayoría de los impuestos —tal como parcialmente hemos visto en una rama de la industria española— sean directos o indirectos, tienen un carácter regresivo. En la enciclica «Mater et Magistra» está iluminada suficientemente esta situación: «El desarrollo económico debe ir acompañado y proporcionado con el progreso social, de suerte que de los aumentos productivos tengan que participar todas las categorías de ciudadanos. Es necesario vigilar atentamente, emplear medios eficaces para que las desigualdades económicas no aumenten, sino que se atenúen lo más posible». Porque, como videntemente apunta Juan XXIII, la riqueza económica de un pueblo no consiste solamente en la abundancia total de los bienes. En la distribución de los mismos radica la bondad de los sistemas.

José Ramón Martínez Galdeano, en un trabajo sobre «Aspectos sociales de la Reforma Tributaria», manifiesta que esta Reforma, «por lo menos hasta cierto punto sanciona legalmente, en su forma de tratar el problema de las autofinanciaciones, la opinión de que todos los beneficios del desarrollo económico sean propiedad exclusivamente del capital. FERNANDO MENDY

Garantía Europea. Más de 3.000 calderas instaladas. CALDERAS VAP. Para la calefacción por agua caliente, a gas ciudad. Fabricada por HYGASSA Hornos y Gasógenos, S. A. Bilbao. Con licencia de H.A. Richard (París). Placa de calidad de «Gas de Francia». Alto rendimiento verificado por Catalana de Gas y Electricidad, y Gas Madrid. DELEGACION EN VALLADOLID Gabilondo, 2 - Teléfono 32506. VAP GENERA BIENESTAR

envíelo

GUILLERMO DIEZ